

Filosofía y Teología de la Fiesta

Introducción.

El mundo moderno ha desvirtuado la noción de fiesta. La ha naturalizado, la ha des-sacralizado. Y con ello la ha pervertido. La fiesta hoy es más una evasión, que una celebración. Fiesta significa para el hombre moderno lo mismo que vacación: dia en que se cierran las oficinas, se interrumpe el trabajo, y el hombre puede dar rienda suelta a sus instintos naturales, cohibidos por la vida social y laboral. La fiesta es un descanso de lo acostumbrado; nada más.

De ahí que la degeneración de la fiesta desemboque en todos los excesos de los instintos perversos del hombre enfermo. Por eso creamos necesario hacer un poco de filosofía y fenomenología de la fiesta.

1.—Vacación y fiesta.

La misma naturaleza ha implantado su ciclo natural de trabajo y descanso. El tiempo tiene su diástole y sístole, su momento útil y su momento vacío. El tiempo natural nos lo muestra. El giro de la tierra en su órbita solar, nos señala las cuatro estaciones, que marcan también las estaciones propicias a la vida y al reposo. El diverso calor y humedad producidos por la cercanía o lejanía de la tierra y el sol, marcan el compás del trabajo de la naturaleza. La primavera señala el comienzo del tiempo útil de la tierra, el despertar de la vida en las plantas; el verano nos trae el calor necesario para que los frutos maduren; el otoño y el invierno, con la lejanía del sol y la presencia de las altas presiones atmosféricas, señalan el tiempo de reposo en la naturaleza.

El día es como un año comprimido. En su girar terrestre, la tierra se aleja y se aproxima también al influjo renovador del sol. El día con su luz y su calor marca el tiempo útil de trabajo; la noche con su quietud, frescura y tinieblas, marca el compás de reposo. La cultura artificial puede trastocar los términos de la naturaleza. Pero el reloj de los tiempos no puede ser adelantado, atrasado o falsoado sin consecuencias.

Sin embargo, porque la tensión entre los tiempos útiles y los tiempos naturalmente de reposo, no se equiparan totalmente, ha sido preciso crear tiempos artificiales de reposo. El trabajo del día deja su residuo de cansancio, que no repara totalmente la noche. Y el verano artificial de trabajo, ha sido extendido por las técnicas industriales a través de todo el año. Ya nuestro trabajo no es trabajo de la natura-

Santiago de Aníta, S. J.

Doctor en Filosofía.

leza, sino manufacturación artificial de los productos naturales, que ya no están sometidos al compás de las estaciones ni de los días y de las noches. Por eso, para eliminar esos residuos laborales, y dar al cuerpo humano su descanso necesario —el cuerpo humano aún no ha podido ser cambiado artificialmente— se han instituido las vacaciones: días no laborales, días de descanso, días de vacación.

2.—Vacaciones y fiestas.

El concepto de fiesta, sin embargo, es mucho más profundo que el de mera vacación. La fiesta tiene un sentido eminentemente religioso. Fiesta es el día en que se **festeja un acontecimiento trascendente**. Por eso no ha habido religión sin fiestas, y aun la degradación de nuestras fiestas modernas, tiene en su fondo más íntimo el resollo religioso del que parten.

a).—La fiesta del sábado bíblico.

Analicemos un poco los elementos de la primera fiesta humana que conocemos. El hombre primigenio tenía una fiesta el sábado.

Con razón creo poder decir que ésta es la primera fiesta humana. No negamos que el Génesis es, tal vez, un libro relativamente moderno. Tampoco negamos que sabemos muy poco de los hombres prehistóricos y de sus fiestas. Menos aún afirmamos que el Génesis sea una historia en sentido estricto, y que es preciso estudiar concienzudamente los géneros literarios y el influjo de las literaturas asirio-babilónicas en la composición del Génesis bíblico. Pero si decimos, que el Génesis, inspirado por el Espíritu Santo, nos quiere dar una verdadera metahistoria de la humanidad. El hombre histórico es moderno, y la historia no nos puede dar el fondo íntimo de la personalidad del hombre. La misma prehistoria nos muestra a un hombre, que ya en cuanto tal había tenido su existencia cultural, antes de dejarnos sus monumentos, por primitivos que fueran. La prehistoria no puede responder a la interrogación más profunda sobre el hombre primigenio y su cultura. Más allá de los datos corre un tiempo oscuro, más o menos dilatado, que sólo la revelación nos puede descubrir. Sólo Dios fue testigo del amanecer humano. Y el Génesis pretende darnos esa metahistoria del primer hombre. En esa metahistoria toma un relieve particular la fiesta. Había un sábado sagrado.

Lo primero que nos llama la atención es el carácter sagrado del sábado primitivo.

El trabajo en el hombre primigenio, que aún no había contraido la culpa original, no era la pena de ese pecado, sino el ejercicio de su soberanía sobre los seres creados. **“No había hombre que cultivase la tierra”** —señala el Génesis (Gén. 2,5). **“Tomó, pues, el Señor Dios al hombre y púsole en el paraíso de delicias, para que lo cultivase”** (Gén. 2,15). **“Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra y domine los peces del mar y a las aves del cielo y a las bestias y a toda la tierra y a todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Crió, pues, Dios al hombre a imagen y semejanza suya: a imagen de Dios le crió, crióles varón y hembra. Y echóles Dios su bendición: Creced y multiplicaos y henchid la tierra y enseñoraoas de ella, y dominad los peces del mar y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra”** (Gén. 1, 26, 29).

El trabajo del hombre era ejercicio de dominio. En eso precisamente estribaba su semejanza de Dios: en el poder participado sobre la naturaleza. Por tanto el trabajo del hombre primigenio no tenía su carácter de pena, de desgastador. La naturaleza no era hostil al hombre, porque tampoco el hombre se había enemistado con Dios. El trabajo empieza a ser pena y penitencia con el pecado. El pecado tiene así dimensiones cósmicas: **“maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento durante tu vida. Producirás espinas y abrojos... Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuliste formado”** (Gén. 4, 17-19).

De donde el sábado del hombre primigenio no era un mero día de vacación. El Génesis nos señala también el carácter sagrado de este día de fiesta: **“Y bendijo al día séptimo y lo sanció”**. (Gén. 2,3).

El sábado era el día del Señor. Era el día en que el Señor hacía resaltar su supremo dominio sobre todo. Por eso en tal día el hombre no había de trabajar, había de ceder su señorío sobre la naturaleza, y rendir así su culto al Supremo Señor de ella. El descanso era un culto, un reconocimiento del Sumo Señor.

Este sentido de adoración, de *anámnesis*, recuerdo y actualización de una maravilla de Dios, es lo que siempre ha habido en el fondo de toda fiesta. Y los días de fiesta han sido las conmemoraciones de una irrupción de Dios en la historia humana. La fiesta ha sido siempre algo más que un día de descanso.

3.—Las fiestas paganas.

La degeneración de las fiestas corre paralela a la corrupción de la misma religión. En la religión natural comienza a introducirse poco a poco la magia, el totemismo, la idolatría. Las señales del monoteísmo primitivo están aún cla-

ras en las religiones clásicas degradadas. Zeus es el Padre de los dioses. Estos van adquiriendo a través del tiempo su propia individualidad y sus poderes supremos, como hijos del Dios, hijos de dioses. Pero en la cumbre de toda teogonía está EL DIOS sin principio.

Los dioses van apareciendo como personificaciones de las fuerzas supremas de la naturaleza. Ceres es la diosa de la fecundidad y de las cosechas; Neptuno el dios del mar; Vulcano el dios de los infiernos; Marte el dios de la guerra y de la tempestad. De esta manera las fiestas de los dioses se van convirtiendo insensiblemente en fiestas de la naturaleza y en culto a las fuerzas naturales.

Pero los hombres participan de todas estas fuerzas: de la fecundidad de Ceres, el odio de Marte, de la justicia de Vulcano. Y así las fiestas son un culto a sí mismos. La cultura y la civilización han aherrojado y limitado la manifestación de esos impulsos primitivos y naturales, que cada hombre lleva dentro de sí mismo. Y la fiesta es el culto a tales instintos y la liberación de las ligaduras sociales. Habrá cultos fálicos en las fiestas de Ceres, y orgías libertinas que consagren el ímpetu fecundo de los hombres. Y en la fiesta de la diosa Roma, los romanos —partícipes de esta divinidad— se adorarán a sí mismos, y mostrarán al mundo su dominio absoluto en un ritual de sangre, en que se sacrificarán cientos de vidas humanas para diversión y gloria del pueblo romano.

Fácilmente podemos distinguir aún los rasgos de este paganismo en nuestras fiestas de hoy. No es extraño, porque estamos viviendo una época de naturalismo y de antropocentrismo soberbio, en que el hombre se juzga también el dueño y señor del universo.

4.—La degeneración de la fiesta en vacación.

Pero si el paganismo moderno ha determinado y perfilado grandemente nuestro concepto de fiesta, la secularización propiamente tal de ella se ha debido a un factor más intrínseco y moderno: la idolatría de la economía.

El liberalismo económico primero y más tarde el marxismo han puesto de relieve el valor del factor económico. La producción es el tabú de la sociedad. Y con la producción corre pareja la competencia. Ya no hay diferencia entre el día y la noche, el día feriado y el día ordinario. Las jornadas de trabajo se suceden ininterrumpidamente y la luz eléctrica suple artificialmente a la luz del sol. El día es una mera unidad arbitraria de veinticuatro horas, todas homogéneas y de igual valor. Las unidades naturales han sido sustituidas por el frío tic-tac del reloj.

En este sistema la fiesta no tiene más que una función: dar al cuerpo el reposo necesario

para restablecer su capacidad de trabajo. Y, a lo más en una concepción más humana del hombre, permitirle un tiempo libre, para poder dedicarse al cultivo del espíritu en su aspecto natural. La fiesta es un cese del trabajo establecido por la ley. Por eso podrá anularse en ciertas condiciones y con una recompensa proporcionada.

El viraje del concepto de fiesta ha sido total. Ya no es algo establecido por Dios, sino por el hombre; no es la conmemoración de un hecho religioso, sino un simple tiempo de descanso; no es una necesidad, sino una concesión; no es algo divino, sino humano; no es una religión con Dios, sino una liberación del hombre.

Sólo en este plano podemos plantear la cuestión de la oportunidad y licitud del trabajo en día festivo.

5.—¿Puede el trabajo ser un ídolo?

El trabajo, después de la caída del hombre, aparece ante todo como un castigo y una servidumbre. No es sólo el cansancio y la fatiga lo que ensombrece al trabajo, sino la esclavitud que impone. Entre la antigua esclavitud romana y la esclavitud de las masas proletarias de principio de siglo no hay una diferencia demasiado clara. Y esto no proviene sólo de la desmedida ambición del capitalismo. Está inviscerado en el mismo ritmo de la economía moderna. La competencia y la economía imponen un ritmo, que no se puede romper. Y el hombre ya no es señor de su trabajo, sino su esclavo. El hombre está sometido a la lógica rígida de las leyes económicas.

Romano Guardini encuentra una faceta más sombría en el trabajo: su inutilidad.

Guardini no niega la realidad del progreso y la elevación del nivel de vida. Pero cree que las relaciones entre el trabajo y dicho progreso son ciertamente desproporcionadas.

Tenemos el peligro de considerar la historia de la humanidad como una evolución sucesiva y progresiva desde una humanidad medio animal hasta nuestra humanidad civilizada de hoy. Así concebimos al hombre primitivo como un animal sin economía ni comodidad, nacido en la línea divisoria entre el bruto y el racional. Su economía se basaba en la mera depredación de la naturaleza. Sin embargo, señala Guardini, la imagen que nos presenta la fe respecto al hombre primitivo no es esa. El hombre primero había nacido en perfecta posesión de sus facultades para enseñorear a todos los animales y gozar de los frutos de la tierra. Nosotros no conocemos históricamente al hombre primero; conocemos solamente la historia o prehistoria del hombre caído, condenado al trabajo por su

pecado. Conocemos la prehistoria, pero no la metahistoria, que sólo la revelación puede desvelarla. Por tanto, la historia del progreso es la historia del hombre degradado, que ha debido subir penosamente por la cuesta de su señorío sobre las cosas. De esta manera este progreso más que fruto del trabajo es signo del pecado.

Por otra parte, si analizamos sinceramente el precio de nuestro progreso, no estaremos demasiado satisfechos por los resultados obtenidos. La cultura antigua y el progreso y civilización de los pueblos históricos se han amasado con sangre humana y su precio ha sido la vida y la libertad de muchas personas, que, como tales, estaban destinadas a ser soberanas y no esclavas de la economía. ¿Podremos estimar como verdadero progreso humano aquello que se basa en la degradación de una sola persona humana por debajo de su dignidad esencial?

Y si consideramos la "Geografía del hombre" y las injusticias sociales en que se apoya nuestra civilización actual, ¿podremos estar satisfechos de nuestro ídolo de oro?

6.—La pérdida de la noción de fiesta ha degradado profundamente al hombre.

Las consecuencias de esta degradación económica de la fiesta han sido lamentables para el hombre. El hombre ha sido sometido a la economía. La técnica le ha hecho un engranaje más de una fábrica de producción. Le ha reducido a número, valor y estadística. El hombre ya no tiene ocasión de estimarse como Señor de las cosas; es su siervo.

Por eso esa insatisfacción profunda que invade a todo trabajador, por mucho que gane, mientras se siente sometido sicológicamente a las cosas. Es la conciencia más amarga del proletariado. La pérdida de las fiestas ha degradado al hombre.

Y lo ha superficializado. El trabajador moderno no advierte sino el ritmo pendular de trabajo-descanso. Ha perdido la noción más profunda de su señorío. Se ha quedado en la periferia de sus sensaciones cinestésicas y ceneestésicas. Se ha sumergido en la velocidad y en el vértigo, sin remansos de profundización en su naturaleza.

El horizonte del hombre se ha hecho horizontal: él y las cosas. Ha perdido la visión vertical, que le eleva a la altura y le da la dimensión de su profundidad. Y ha perdido juntamente la visión de la última fiesta, la de su paso a la eternidad, presidiendo los tiempos a la derecha de Dios, en espera del último día, en que los cielos y la tierra se harán nuevos.

Por otra parte, la tecnificación del descanso ha roto también en parte la vida familiar. Las jornadas de trabajo se suceden y los miembros de una misma familia se ven obligados muchas veces a emplear horas distintas en su trabajo. De esta manera raras veces coinciden las jornadas de descanso y los días de fiesta. De esta manera es difícil gozar de la paz familiar. Y el hombre se individualiza. Cada uno tiene sus horas libres y sus horas de labor, pierde sus vínculos sociales más íntimos.

CONCLUSION.

Resumamos las consecuencias fatales, que ha traído la profanación de las fiestas. Y hágámoslo con palabras de Guardini: "Se ha perdido algo importante; a saber, todo aquello que se puede llamar los valores contemplativos; las energías de la quietud y la concentración; del saber más profundo, que viene del fondo del alma; del sentido para las indicaciones y avisos procedentes de un dominio que está mucho más dentro que la pura razón y la utilidad. El hombre moderno ha perdido calado en todo. Su vida se hace cada vez más superficial; su instinto cada vez más débil. Cada vez se pierde más en ese conjunto de instalaciones mecánicas que llena su mundo. Algo análogo ocurre con el poder del Estado. Por todo el mundo cruza una corriente totalitaria, no sólo por el mundo comu-

nista, sino también por el liberal: sólo que aquí toma otra carácter: recordemos el aparato autoritario que invade cada vez más territorios de la vida; la prensa, que condiciona las ideas, los juicios, las actitudes de la población; la acuñación del sentido de la vida y el gusto por parte del cine y de la radio; la creciente publicidad de toda la vida, que destruye el terreno privado. Contra todo esto, el hombre moderno se hace cada vez más débil, porque constantemente se mengua en él la energía de resistencia de la persona, enraizada en su propia profundidad, la capacidad de ser señor de sí mismo, la conexión con los valores absolutos, que dan la firmeza."

(El Domingo ayer, hoy y siempre, p. 31-32).

Oídas estas palabras, pensemos en la urgencia de devolver su sentido auténtico a las fiestas. El mal se va inoculando rápidamente en el organismo enfermo de nuestra sociedad. Pensemos en las fiestas más amables y sagradas de todas: la Navidad y la Pascua. Apenas podemos lamentar suficientemente las noticias que los diarios nos dan acerca de las desgracias ocurridas en estos días santos.

No son días santos, son días de diversión. Y divertirse es eso —di vertere— salir de sí, escapar de sí, salir del camino. Por eso las fiestas de hoy, más que afirmar anulan a la persona. Y en la masa anónima el individuo perdido pierde su racionalidad en provecho de su animalidad, que se desata.

Las Amas de Casa que saben Cocinar prefieren las Estufas

TROPIGAS

- Por su rapidez
- Limpieza
- Sencillas de operar
- Económicas.

Convénzase pidiendo una demostración al
Teléfono 21-40-04

Tropical Gas Company, Inc.